

En primera persona

A PROPÓSITO DE “LA REVISTA CÓMICA” DE FERNANDO GÁMEZ VERA

Paralelismos con la actualidad vistos por un descendiente de sexta generación

Rosario Carrión Herrera

Todo se repite, nada está inventado.

Me explico.

Es curioso pensar como generación tras generación suceden las mismas cosas, de distinto modo, eso sí, pero siempre lo mismo. Aunque cambien las caras, los nombres de las personas, las modas o costumbres, la esencia es la misma. Es como el agua del río que pasa incesante por el mismo cauce; el agua es siempre distinta, pero el río es el mismo ¿Me entienden verdad?

Con las fiestas de Cabra ocurre igual. Aunque pase algún verano que por las circunstancias no pueda ir, el año que voy compruebo con satisfacción y algo de nostalgia por el tiempo que pasa sin pedir permiso, que todo ocurre como siempre; saludos a los amigos y familiares para decir que ya hemos llegado, visita al Sto. Cristo, saludos y recuerdos para los que no están, paseo por la carretera y saludos, cervecitas en la plaza y saludos, charla, sangría y más saludos en el nacimiento, baile, copas y saludos en la piscina, churros a altas horas de la mañana y todavía más saludos....bendita tradición!

Un papel viejo, amarillo y roto por los dobleces ha llegado a nuestros días de manera casi milagrosa después de 104 años. Girones de papel guardados con celo en aquella caja de madera que ha ido pasando de generación en generación y que guardaba cosas sencillas, pero que transcurrido el tiempo adquieren valor. El valor de lo histórico, de lo etnográfico y de lo entrañable para todo un pueblo. Para nosotros además tiene el valor de la familia y del descubrimiento de aquel hombre que tanto hizo por su pueblo, investigando su pasado, explorando sus entrañas y formando a varias generaciones. Un hombre comprometido y de firmes convicciones. Como buen maestro defendió la democratización de la cultura en una

época precaria en la que por desgracia el conocimiento estaba permitido solo a unos pocos. Seis generaciones después, me siento orgullosa de formar parte de sus descendientes y agradezco a quienes quieren dar a conocer sus valores.

Durante el pasado marzo se desplazaron a nuestro domicilio familiar Ramón López y Julio Cerdá (Presidente y Vicepresidente de la Asociación Cerdá y Rico) para conocer de primera mano las fotos y documentos que conservábamos de mi tatarabuelo, Fernando Gámez Vera. Entre esos documentos recompusimos, como si de un rompecabezas se tratara, una carta que envió a uno de sus hijos desplazado a Madrid en la que le contaba como habían sido aquellas fiestas. Nuestra sorpresa fue mayor cuando comprobamos como esas vivencias estaban gráficamente ilustradas por fotos del Dr. Cerdá y Rico, cual reportero gráfico que atiende a las indicaciones del cronista.

Dicho esto quiero retomar el hilo de mi teoría. La coplilla que ha ocasionado este breve análisis, "la Revista Cómica", la escribió mi tatarabuelo en 1906, han pasado por tanto ciento cuatro años, pero habla de cosas de Cabra que, salvando las distancias, aun hoy pasan y que yo misma he vivido y espero que a su modo, también vivan mis hijos en unos años.

La Revista Cómica habla del jaleo de los días de fiesta, de la alegría, de la banda de música, del pinchaúvas y de la procesión del Sto. Cristo; de los cohetes, fuegos y campanas. De los puestos de comida, que bien pudieran ser hoy los modernos bares y terrazas de verano. Critica de forma abierta e irónica a los políticos y narra de forma maravillosa tres días de pintorescos toros, que como he dicho, tenemos ilustrados con numerosas imágenes que nos harán más fácil la tarea de imaginarnos Cabra en fiestas hace un siglo, aunque las temidas obras cambien una y mil veces la fisonomía de los lugares más queridos.

Una de las cosas que diferencia a las grandes ciudades de los pueblos pequeños son las costumbres que se transmiten y se mantienen sin aparente esfuerzo. Se trata de la tradición. Las fiestas de Cabra siempre han sido tradición viva. Ya a principios del siglo pasado la Revista Cómica nos habla con orgullo de la llegada al pueblo de las cofradías de Guadix y Jimena. Y es que en aquella difícil época en la que las comunicaciones no estaban desarrolladas y las distancias hacían que los viajes fueran excepcionales, todo el mundo esperaba con ansia la concurrencia de algún acontecimiento especial para que llegasen al pueblo forasteros, ir a escuchar música y pasear a la verbena, y qué mejor excusa para ello que las fiestas.

Hoy día pasa igual, lo que ocurre es que la gente que llega al pueblo no son de Guadix o Jimena, sino las personas que un día se marcharon buscando otro horizonte, ya fuera por trabajo o por el futuro de los hijos y que vuelven todos los años en fiestas con nuevas incorporaciones a la familia para que el cordón umbilical no se rompa nunca.

En este paralelismo que estoy intentando explicar entre nuestros antepasados y nosotros, se me agolpan en la memoria innumerables recuerdos de fiestas pasadas, de tiempos de estudiante, cuando las preocupaciones eran pocas y las vacaciones infinitas.

Recuerdo un año en el que también hubo un incidente con los toros; la mañana del encierro, una vaquilla se volvió en su recorrido y asustó a todo el mundo que ya confiado paseaba por la calle pensando que el peligro había pasado. Al final el pobre animal se escapó por el campo y tuvieron que abatirlo lejos del pueblo y de forma poco noble para tan brava res. Estoy segura que mi tatarabuelo hubiese sacado buenas rimas de ello.

Recuerdo encaramarme a una abarrotada reja con Antonio y morirme de risa con sus comentarios.

Recuerdo la tranquilidad de mi hermano cuando una vaca se plantó frente a su cara y las risas de todos, que todavía hoy nos dura cuando lo recordamos.

Recuerdo a Vicente haciendo fotos a los toros, inmortalizando despreocupado el folclórico momento cuando de pronto ¡se cayó al barranco! Los servicios sanitarios le atendieron al momento y todo quedó en un susto. Aun guarda las fotos de aquel día.

Recuerdo a Lourdes siempre a mi lado.

Recuerdo a mis padres y a sus amigos paseando por la plaza, importante punto de encuentro de todas las generaciones de cabrileños.

Recuerdo a mi abuela y a mi tía charlando en la puerta hasta la madrugada....

En fin, estoy segura que Don Fernando Gámez, hombre de letras y fino humor hubiera escrito este comentario con más estilo y gracia que yo y me hubiera corregido como a uno más de sus alumnos. Si han leído la Revista Cómica despacio y con atención, habrán comprobado que todas las escenas que se describen bien podrían estar redactadas por un excelente cronista, ácido contador de historias e irónico poeta de cualquier periódico actual.....pero en realidad están hechas por un maestro de escuela..... hace más de cien años;jjj

EL BALCÓN DEL “BISA”

Nuestros antepasados y su llegada a este pueblo

María Hernández Núñez

Texto adaptado por Virtudes López Perea

La Tierra no es de nadie, nadie es de la Tierra, no elegimos el lugar en el que nacemos, el color de nuestra piel ni el destino de nuestros pasos a lo largo de la vida. Muchas personas nacen, viven y mueren en la tierra donde ahondan sus raíces, donde está viva la memoria de sus antepasados; otras en cambio se dejan llevar por el embate del azar, por la búsqueda de una oportunidad, por el derecho a sobrevivir al infortunio, la miseria, la guerra. Siembran su semilla en otro lugar donde tal vez formen una familia que pueda crecer amando esa nueva tierra como amaron a la suya.

Diego vivió hasta los dieciocho años en Sorbas, tierra almeriense; después tuvo que buscar un horizonte nuevo. Su padre, Diego Escámez Urrutia y María Galera Méndez, su madre; no pudieron seguir adelante cuando perdieron sus ovejas y quedaron empobrecidos, no había suficiente para todos.

Níjar fue su nuevo destino, allí Diego encontró trabajo como carbonero. Las encinas proveían de materia prima para un negocio rentable en aquella época. En Carboneras encontró el amor un día de romería, Bonifacia María le prometió amor eterno dos años después de conocerse, en la Iglesia de S. Antonio de Padua en 1883, tres décadas después que lo hiciera su madre en el mismo lugar.

Una vez casado, a Diego, mi bisabuelo, le llegó el momento de mirar en otra dirección y asentarse en un lugar en el que la familia que proyectaba tuviera mejores oportunidades para salir adelante. Se mudaron a Saltador, una cortijada situada a tres kilómetros de Carboneras. Allí nació su hija mayor M^a Dolores, el 7 de abril de 1884, y poco después Antonia, la pequeña.

Ya no eran buenos tiempos para el carbón, las encinas escaseaban, la minería estaba sufriendo una caída y la agricultura en aquella época no era sinónimo de riqueza. Era el

momento de seguir la senda que otros ya habían hecho antes y muchos más continuarían emprendiendo; era el tiempo de abandonar la tierra que les vio nacer, de dejar de malvivir en un terreno tan hostil.

No sé si M^a Dolores a sus ocho años llegó a ir al colegio del que aún permanecen sus ruinas; a esa edad siguió el camino que ya habían hecho amigos de sus padres y familiares como la tía Melchora. El destino lo eligieron sin dudar: un pueblo de Jaén donde había sucedido en 1637 un acontecimiento que traspasó fronteras, un lienzo que venía de Burgos en dirección a Alicún de Ortega detenía su camino en las cercanías de Cabra del Santo Cristo, la burra que lo portaba reventó en el lugar conocido actualmente como "El nicho la legua" o "el reventón". El hombre encargado del transporte tuvo que pernoctar en la posada de María, parálitica de un brazo hasta el momento en que se puso a curiosear el lienzo y quedó milagrosamente curada. A partir de aquel momento se extendió la fama del Cristo de Burgos y el pueblo nunca dejó que se lo llevaran; las autoridades hicieron todas las diligencias oportunas para asegurar que se quedara para siempre.



Además de la fama que el pueblo tenía por este motivo, otros factores eran los que el bisabuelo estaba buscando para su familia, en Cabra había encinas, esparto y agua. Vendieron todo lo que necesitaban para viajar, los cuatro se iban para no volver, como los nómadas, su tierra sería aquella donde encontrasen trabajo.

Emprendieron el camino con dos burros, en uno llevaban los enseres para guisar, las mantas, la ropa para el camino y las niñas cada una en un serón para equilibrar el peso; en el otro llevaban las viandas y cuando se cansaban, Diego y Bonifacia se subían por turnos. Así, durante diez días y diez noches hicieron el penoso viaje, no podían gastar el dinero en ninguna posada; allí donde se les echaba la noche buscaban un rincón para cobijarse, una manta en el suelo y con otra se tapaban.

En una semana encontraron casa en la barriada de San Marcos y el bisabuelo ya se había asociado con "el Cheta" para hacer carbón. Las niñas pudieron ir a la escuela y Bonifacia se dedicó a ser ama de su casa.

Pasaron los años haciendo carbón en fincas de encinas, el campo era el hogar del "Bisa" durante todo el proceso: cortaban las encinas, hacían el boliche, lo quemaban, lo sacaban dejándolo enfriar separando después lo gordo, que era el carbón, del menudillo o cisco. Lo transportaban en burros para venderlo en el pueblo donde era utilizado para las hornillas de carbón y los braseros de la mesa camilla.



Mientras tanto, las niñas ya eran unas “mocicas” y se casaron, Antonia con José María Raya, que tenía tierras; la mayor, M^a Dolores, lo hizo en 1902 con Diego Hernández Sánchez, un soldado que acababa de venir de Cuba y que seguía haciendo la milicia reenganchado en el ejército hasta 1905. Dos años después nació Diego Valentín, mi padre.

El “Bisa” desde bien niño llevó a su nieto andando hasta el cerro del Molino Barranco, durante seis kilómetros de camino iban entretenidos los dos con cualquier cosa, si el nieto se detenía, el abuelo le daba con una pestuguilla de olivo en las pantorrillas para que anduviera más deprisa. Cuando no había que hacer carbón, el cerro montaraz era el trabajo del “Bisa”, lo tenía cedido a medias por su dueño para limpiarlo y sacar provecho de él sembrando olivos. La mitad sería suyo.

El duro trabajo del campo se interrumpía para que el goloso del bisabuelo tentara a su nieto con una palomilla, ponía agua y azúcar en una cazuela y ambos mojaban sopas de pan el aquel dulce líquido; ese era el alimento después de una mañana de duro esfuerzo haciendo hoyos para sembrar olivos.

Con sólo doce años, Diego Valentín ya era un hombre para trabajar en el carbón, pero no tenía la fuerza suficiente para enderezar la carga del burro cuando se desequilibraba camino del pueblo, entonces el burro se sentaba a comer hierba o pinchos borriqueros haciendo peligrar aún más el carbón y él se ponía a llorar hasta que alguien pasaba y se compadecía ayudándole a arreglar el cargamento.

Con el tiempo Diego y Bonifacia habitaron una choza entre los plantones, los árboles crecían despacio, como la misma familia. M^a Dolores y los niños trabajaban en el carbón; todos desde pequeños contribuían en el mantenimiento de la casa tal como era común entonces en las familias pobres.

Diego Valentín, buscaba nuevos destinos para encontrar el sustento con trabajos temporeros en la siega, la aceituna, lo que hiciera falta para ayudar a la familia. El resto de hermanos se quedaba en el pueblo ayudando



con los que les salía, se llamaban: Marco Antonio, Pepe, Juan, Ana –a la que cuidaban del campo por ser moza casadera- y María, la pequeñita.

El bisabuelo murió en 1930, un año más tarde le siguió su mujer. Diego y M^a Dolores se hicieron cargo de la mitad que les correspondió del olivar, siguiendo la costumbre de los padres, ellos también se quedaron a vivir en la choza con sus hijos.

Diego Valentín, llevando como ajuar una azada, se casó a los 27 años con María Josefa Núñez López, al principio vivieron en una habitación alquilada, ahorrando para comprar una casa mientras trabajaban de jornaleros y en cualquier trabajo que apareciera en su camino. Así consiguieron comprarse una casa con una abuela dentro, con ella vivieron hasta que murió, ese era el trato, así les salió más barata.

Una nueva generación se mostró con otro Diego nacido poco antes de que la guerra civil irrumpiera en las vidas de sus padres y tuvieran que separar sus caminos. Sin sentirse parte de ningún bando, Diego Valentín dejó su olivar y se fue al frente. Sus padres no sobrevivieron para ver acabar la contienda, M^a Dolores tenía "azúcar" y una cosa mala en el abdomen, la causa de la muerte de Diego quedó en el olvido.

Lo seis hijos siguieron en casa, la más pequeña tenía 15 años. Poco a poco Marco Antonio, Pepe y Ana se fueron del que fue el hogar familiar, los demás quedaron a cargo de la tía Antonia.

El pequeño Diego tuvo dos hermanos varones: José y Antonio María. La joven familia decidió hacerse un cortijo en los olivos, cerca de la vieja choza. Lo levantaron con sus manos a base de piedra, barro y yeso. En él hacían vida si no había faena en los cortijos de los señoritos donde eran jornaleros temporales.

La vida continuaba con las penurias del año del hambre, aquel terrible 1946 nació María; a pesar de la escasez que sufrieron, nunca le faltó leche de la cabra a la niña que no fue la última que tuvo Diego Valentín, Bernabela llegó de forma inesperada; María Josefa tenía ya cuarenta años y se marchó al pueblo para el alumbramiento. Todos quedaron a cargo de la abuela en el cortijo; aquella noche la vida estaba ansiosa de abrirse camino: una pareja de gitanos llamó a la puerta pidiendo un lugar para descansar, la gitana estaba de parto y no podía seguir el camino; la abuela les prestó ayuda y viendo que el niño no nacía bien mandó al padre a buscar un médico a Jódar, tanto corrió que en una hora ya estaba de vuelta con el médico habiendo recorrido diez kilómetros de ida, afortunadamente la vuelta la hizo en coche.

Nació el niño y a la mañana siguiente ya estaba la gitana subida en la burra con el niño en brazos diciéndole al marido:

-¿Cómo le vamos a poner de nombre al niño?.



-Pues cómo le vamos a poner: "Atanahor".

Esa es la primera historia de su vida, si aún vive, aquel gitanillo tiene ahora sesenta años y debe andar por el mundo con el nombre de aquel cortijo en el que vivíamos entonces. El nombre de un lugar perdido en el que el destino lo llevó a nacer.

Eran ya siete en la familia cuando dejaron "Atanahor" para irse al cortijo del olivar. Los hijos sabían cuidar a los animales y trabajaban el campo. Las cabras que cuidaba José les abastecían de leche y queso. Antonio cuidaba de los cerdos engordándolos para la matanza, a sus diez años tenía claro que no le gustaba ese trabajo, más que nada por la sed que pasaba cuando se acababa el agua de su cantimplora.

La herencia de los abuelos estaba a salvo con mi padre, la cuidaba como si fuese una joya, había sido algo suyo, lo había visto, lo había vivido; recordaba la ilusión con la que su abuelo plantó aquel olivar. Por eso cada vez que alguno de sus hermanos quería dejar la tierra, él se esforzaba por comprarla, nunca quiso ver el olivar en manos de otros. Se quedó con todas las partes y cuidó aquel puzzle hecho de esfuerzo y amor hasta los 58 años. M^a Josefa murió con 55 años y él decidió dejarlo todo y en compañía de sus dos hijas se marchó. Otra vez la vida había cambiado de rumbo y mostró el camino de un futuro mejor. En Barcelona le esperaban sus otros tres hijos.

Juan María cuidó de la tierra desde entonces, su hijo Andrés continuó la labor a su muerte.

Han pasado cuarenta y cuatro años de aquel nuevo giro del destino, me he jubilado después de cuarenta años de trabajo como enfermera en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo de Barcelona. Volví a la tierra de mis raíces y mis recuerdos, volví para sentir mi espíritu unido a aquel espíritu que eligió aquel monte para plantar los olivos, un lugar desde el que se puede ver en toda su extensión el pueblo de Cabra del Santo Cristo, los montes y sierras colindantes con todo su esplendor.

"El Bisabuelo no pudo elegir un lugar mejor en el mundo". Por eso todos sus descendientes le pusimos a este lugar "El Balcón del Bisa". Aquí sentimos la plenitud, la energía viva, nuestra alma se expande cuando miramos desde allí. Seguramente Diego Escáñez Galera, el bisabuelo, sintió lo mismo y aún hoy nos sigue regalando esa emoción.